

ALMA DE CASTILLA

ALAN PITRONELLO

ALMA DE CASTILLA



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta: 

Primera edición: marzo de 2026

© Alan Pitronello, 2026
© de la presente edición: Edhasa, 2026
Diputación, 262, 2.º 1.ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-6466-8

Impreso por Liberdúplex

Depósito legal: B 22999-2025

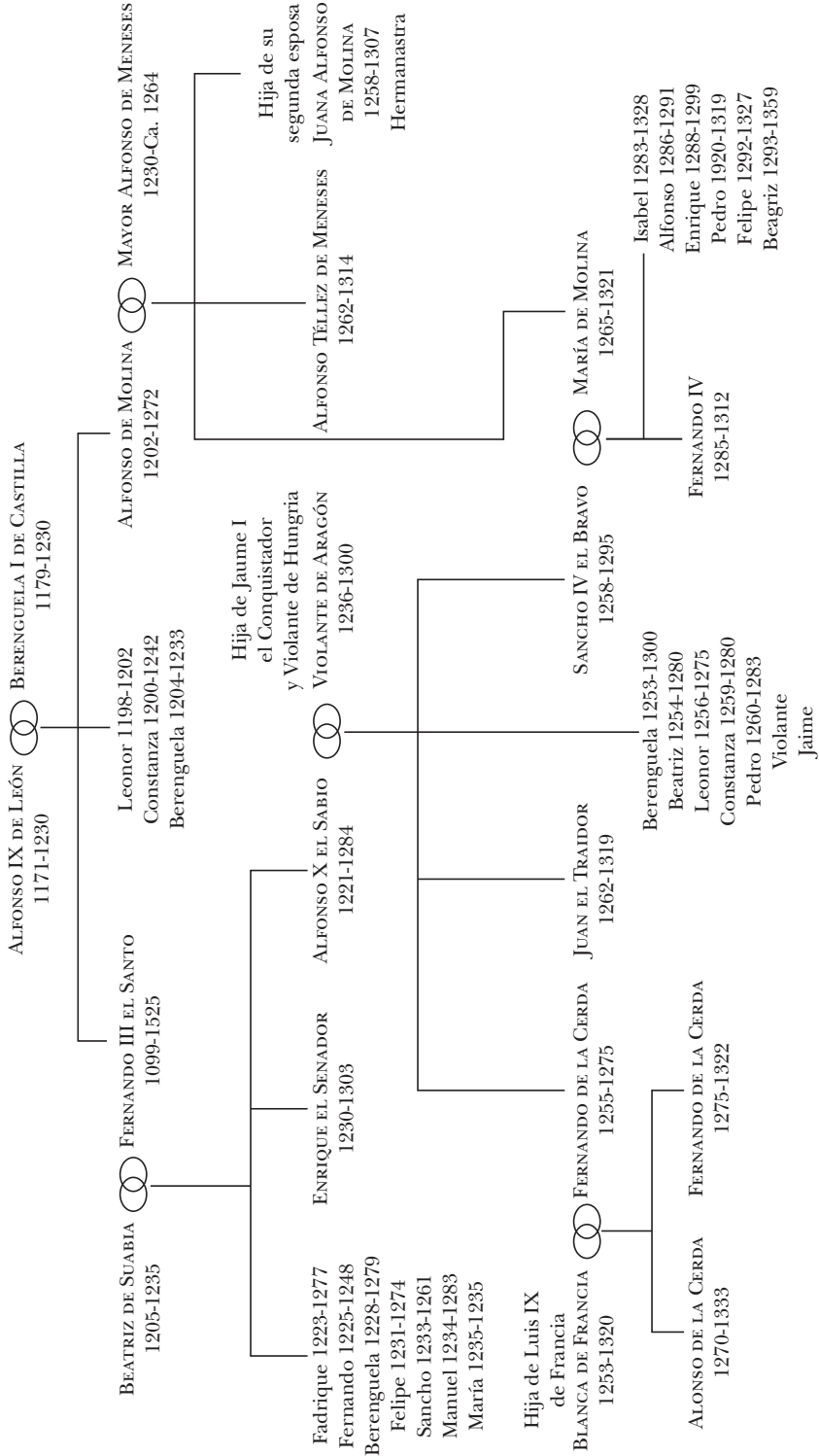
Impreso en España

*A quienes preservan
la memoria de los suyos.*

*A Lucía,
que me señaló la poesía.*

«El castillo divisa la llanura,
Tierra de Campos
infinitamente»,

Jorge Guillén



«Soy la memoria de mis antepasados». Tantas veces había evocado las palabras de su madre frente a la ventana del alcázar que se sintió volver a aquella tarde de juventud cuando ambas, desde el llano, contemplaron el castillo de Montealegre. Casi podía oírla en un susurro, junto a ella, mientras una brisa cálida batía las espigas de trigo y el sol besaba sus párpados. Ahí estaba su voz, inconfundible como un día claro: «Seremos lo que recuerden de nosotras, una imagen frágil, desdibujada, difícil de reconocer. Hemos de perpetuar y custodiar los nombres de quienes ya se han ido». Pero qué sencillo era perderse en el olvido. Quienes ya no estaban morían cada día.

¿Qué habría hecho doña Mayor, hija de esa Tierra de Campos, en su lugar? ¿O su abuela, la Grande, hija de Castilla y Poitiers? Rozó el anillo bajo su manto. Apenas podían distinguirse las marcas gastadas en el metal. Había pertenecido a su abuela y, mucho antes, a la abuela de ésta. Aquella sortija había pasado por muchas generaciones de mujeres en su familia. Tenía el hábito de tocarla frente a los consejeros, preceptores y nobles para concentrarse, para alivianar la mente. Una vuelta, luego otra. Viejo ritual. Como si aquel gesto sutil pudiera infundirle algo de valor.

Estaba a punto de tomar una decisión que iba a cambiar el destino de su vida y la de su hijo. María siempre había

sido valiente y audaz, pero tenía miedo, aunque no lo demostrara. Tal vez fuera su temple, tan parecido a su Tierra de Campos en Castilla, el que le daba esa lucidez. Había sido una niña sencilla y llana. Había crecido entre Meneses –de donde su abuelo materno era señor– y Montealegre, en aquella llanura seca tapizada de trigales, donde pasaban los días de infancia correteando y jugando en acequias con la piel roja y los ojos entornados por culpa del sol. La corte la había cambiado. Se había dado cuenta en el funeral del rey. Los espías y las conjuras brotaban como los gusanos en un cadáver.

I

EL JURAMENTO

El jinete detuvo su montura al otro lado del río. Por delante podía ver el lugar donde se había detenido la corte del rey, un corral de avaros falsarios y bandoleros, de traidores probados y nobles de cobardía demostrada, de señores sin honor con grandeza de apellido y bajeza de palabra. Siempre arrastrados por la sucia guerra en nombre del reino y del poder, maldita escoria mal llamada nobleza. «Ahí ardan en el infierno por la eternidad, hi de putas». Acababa de romper una promesa. Había jurado no volver.

Ruy Castro iba bien abrigado, pero se aseguró de que la toca le cubría el rostro, como de costumbre, para no espantar a nadie con su aspecto. Aunque se había habituado a que la mirada de la gente se detuviera en ese lado de su cara, seguía sin llevar bien la sorpresa que generaba en algunos. Simplemente era mejor ocultar las cicatrices, mostrar lo menos posible. Tosió de puro frío y desmontó de mal humor, mientras apartaba de su mente estos pensamientos. Sus botas salpicaron el barro sobre la poca hierba del camino. El cielo estaba gris, y notó el olor que traía el aire a tierra mojada. Una brisa revoloteó las hojas secas. Se avecinaba una tormenta. «No hay abril que no sea vil», dijo para sí.

Bribón acercó el morro a su mano. Acarició el pelaje blanco con manchas grises de su caballo árabe. Examinó los

cascos cubiertos de barro de su montura y se dio cuenta de que iba a tener que herrarlo de nuevo. Estaba siendo un año duro para él. Las heladas cubrían los campos de Castilla y el viento cortante cruzaba del reino de Sevilla a la frontera, hacia esa llanura que se extendía desde los desfiladeros cercanos a las Navas y al reino de Jaén, hasta Toledo. Tierra de repobladores, tierra de nadie. La primavera tardaría en llegar, acompañada de las grullas que anunciarían, con su vuelo, la época de los buenos pastos.

En el horizonte ceniza, más allá de los molinos y el muladar, se perfilaba a contraluz la silueta soberbia del alcázar y del alficén. Al otro lado de las murallas podían distinguirse los tejados de las casas formando un sinfín de callejuelas estrechas. La llamada ciudad de las tres culturas era un laberinto de pasadizos y recovecos. Aunque no gustaban de adentrarse en el recinto, no tenían alternativa. Ambos debían cruzar la tierra de frontera y los reinos cristianos, y Toledo, donde se hallaba el rey, marcaba la mitad de su travesía. Con una brusca sacudida, Bribón hizo saber a su jinete que estaba molesto.

Ruy sostuvo las bridas y deshizo el trecho que lo separaba del torreón del puente de Alcántara. Abajo, el apacible Tajo ofrecía un espejo a su paso, frío y tembloroso. En la distancia se apreciaba el arco que formaban los pilares del puente, en cuya unión con su reflejo en el agua creaban un círculo de piedra casi perfecto entre la niebla.

—Sé que no te gustan las ciudades, pero es lo que hay.

Cruzaron los arcos junto con los últimos rezagados de la tarde, viajeros, peregrinos y gentes de los alrededores. El murmullo de Toledo eran voces de forasteros y comerciantes, el ruido de carros y transeúntes, el sonido de los pasos sobre la piedra, el crujir de puertas y postigos, el grito de buhoneros, las campanadas de sus iglesias. Nunca Ruy se había

sentido cómodo en una ciudad. Sus olores y hedores le traían a la mente el cuero viejo o una piel sin curtir; tenía la sensación de que toda ella olía a tintes, a tenerías y batanes. ¿Quién, en su sano juicio, podía vivir alejado de la naturaleza y pegado casa con casa con su vecino?

De camino al alficén, mientras subía la cuesta, imaginó que habría nobles cuyos pies, calzados con finos zapatos de seda y oro –todos esos que se disputaban el poder–, jamás habrían de posarse sobre la hierba o la tierra embarrada y cuyas manos nunca hurgarían en el estiércol con el que se nutría la huerta, ni tampoco sus dedos se perderían en la lana de una oveja antes de ser esquilada. Ruy, que siempre había vivido de la tierra y del rebaño, pensaba todo lo contrario. Para él, la vida y, en definitiva, la idea de un reino se hallaba fuera de las ciudades.

Torció en el convento franciscano hacia el postigo que conducía a Santa María del Alficén. Poco después, en una suerte de plazoleta, distinguió a un grupo de monjes y caballeros pertenecientes a alguna de las órdenes militares que había visto en la frontera. Lejos de los valores que se les presuponían a éstos, muchos de ellos no eran más que malhechores al frente de una partida de bandoleros, siempre al servicio de un señor o de su propia bolsa. Las disputas de la nobleza eran crueles y sangrientas, y sólo un rey apodado «el Bravo» era capaz de aplacarlas. Ruy tiró de las bridas de Bribón, justo cuando uno de ellos desviaba la vista hacia su rostro y luego paulatinamente hacia su espada. Conocía de sobra a esa clase de hombres soberbios; se había hartado de verlos en la defensa de Tarifa. El caballero lo siguió con la mirada hasta que el jinete y su montura se perdieron por una callejuela.

La compañía del rey, que así se hacía llamar el séquito de más de doscientas personas que iban con el monarca en

aquella corte itinerante, había estado un tiempo en Alcalá y, desde hacía unas semanas, permanecía en Toledo. Por eso ahora, en el exterior, en las puertas del alcázar, la guardia estaba formada por ballesteros que vestían indumentarias de blao y hombres de armas de a pie, de paño tinto. Los guardias mostraban un semblante serio. ¿Qué sucedía? Ruy sabía cómo respiraba una guarnición. Acostumbrado a la guerra, supo nada más llegar que allí pasaba algo grave. Aquella partida estaba claramente inquieta, y eso hizo que se le erizara la piel.

Dejó a Bribón en las caballerizas y se presentó como mensajero en el vestíbulo. Llevaba una carta de uno de los hombres más poderosos del reino, don Juan Mathe de Luna, que debía entregar al rey Sancho en persona. No le hizo falta decir que era noble ni que venía del punto más extremo del reino de Castilla. Aunque su hidalguía fuera insignificante frente a los grandes del reino, como los López de Haro o los Lara, Rodrigo Castro de Roda no era un simple vasallo sin nombre. Decir que la carta procedía de la pluma de don Juan Mathe fue suficiente para que un paje y dos guardias echaran a correr por los pasillos del alcázar. Ruy fue conducido a una sala privada, en espera del monarca.

Juan Mathe de Luna había enviado al rey Sancho todas las cuentas del reino y sus instrucciones. Sobre sus manos recaía el ordenamiento de los reinos y la campaña contra los benimerines y nazaríes. Era el hombre de mayor confianza de los monarcas, un caballero sereno y leal, de probada nobleza, que no se dejaba arrastrar por arrebatos, pues acostumbraba a calcular y a meditar sus decisiones. Ruy se había ganado su confianza después de salvarle el pellejo en un ataque, y acabó siendo sus ojos en Tarifa.

Tuvo tiempo de mirarse las botas llenas de barro sobre la losa. Sacó una de sus vendas y limpió un poco el cuero húmedo. Iba a presentarse frente al rey de aquella guisa. «Es lo

que hay». Ruy era un caballero de carácter reservado, casi un ermitaño. No le gustaba hablar con la gente; sin embargo, intuía su comportamiento, motivo por el que era bueno encontrando partidas de hombres a pie o a caballo en la frontera. Sabía seguir un rastro, distinguir voces en la lejanía, olisquear el aroma que dejaban los caballos a su paso. Lo había aprendido de un almogávar, y así se referían a él desde entonces.

La puerta se abrió, y un paje accedió a la estancia sin anunciar a nadie. Instantes después, entró un anciano vestido con una saya encordada, calzas rojas y una capa elegante de tejidos vivos. Ruy hizo una reverencia y se presentó. Cayó sobre él una mirada pesada de casi siete décadas.

—Dicen que habéis traído un mensaje para mi sobrino.

«Sobrino». Significaba que aquel hombre era el infante Enrique de Castilla, tío del rey Sancho, hermano de Alfonso, «el Sabio». Hasta Tarifa habían llegado los rumores y las leyendas de aquel sujeto que había pasado más de veinte años en una prisión mugrienta después de echar un pulso al mismísimo Carlos de Anjou, rey de Sicilia, hijo del rey de Francia. Toda su vida había sido amigo y enemigo de reyes y de emires, había combatido en la batalla de Taglicozzo, y llegado a ser nombrado senador de Roma, que era como se le conocía en la corte castellana. Su sobrino Sancho había visto con buenos ojos acoger a un hombre experimentado en la guerra, en la corte y en las conspiraciones. Más sabe el diablo por viejo que por diablo.

A Ruy le bastó con verle la cara para saber que aquel hombre curtido por las heridas de la vida era imposible de embaucar.

—La carta, pues —insistió el infante.

—He jurado, bajo el signo de la cruz, entregar el mensaje personalmente al rey Sancho. No faltaré a mi palabra.

Don Enrique observó sus botas llenas de barro, y Ruy siguió el recorrido de su mirada, que se posó luego en su toca bajo la cota de mallá y en sus cicatrices. Se preguntó qué pensaría de él un hombre como el infante, que un donnadie le negara un privilegio reservado únicamente al rey.

—¿Lo envía Juan Mathe?

—No es una carta, sino un mensaje. No la llevo conmigo, por si deseáis saberlo —mintió Ruy.

Don Enrique echó una mirada al doncel que aguardaba junto a la puerta y enseguida se volvió hacia Ruy con un marcado gesto de impaciencia en la mirada.

—Quitaos la toca para que pueda ver vuestro rostro —le ordenó.

Lentamente, Ruy dejó a la vista una enorme marca que se le dibujaba en la mitad de la cara y que se perdía en la piel de su cuello, hacia abajo. El anciano, lejos de inquietarse, pareció descubrir algo que poco tenía que ver con su apariencia.

—¿Y cómo pensáis probar que no mentís? La corte está llena de conspiradores, y el rey tiene muchos enemigos en la nobleza. Como consejero del rey, mi labor es protegerlo, y, si decís ser leal a la causa de mi sobrino, entonces vuestro deber es confiar en mí, caballero.

—Comprendo las razones que os mueven, pero no puedo faltar a mi palabra, alteza. Sé algo que sólo el rey y don Juan saben. Ésa es mi prueba.

El infante apretó los labios.

—El rey está enfermo, no habla con nadie más que conmigo y con la reina. Dadme el mensaje y os permitiré marchar con vitualla. Seré generoso. Ésta no es vuestra guerra, Castro. No cometáis una insensatez por querer demostrar algo que está fuera de vuestro alcance.

Ruy lamentó haber entrado en Toledo. Ambos se sostuvieron la mirada en una contienda silenciosa. «Respetaré mi juramento», fue la única respuesta del jinete. Don Enrique le devolvió una última mirada cargada de decepción.

—He conocido a cientos de caballeros que han hallado la muerte por perseverar en su honra, Castro. No me obliguéis a apresaros.

—Ambos cumplimos con nuestro deber, alteza.

—Es una lástima. ¡Guardias!

El infante se marchó con las manos vacías en compañía de su doncel. Una guardia de seis hombres apresó a Ruy, que se entregó sin resistencia. No tardaron en escoltarlo hasta sus nuevos aposentos: un habitáculo siniestro en los calabozos del alcázar. Por el camino, descubrió que el guardia que tiraba de las cadenas era el hombre de la plazoleta, el caballero de mirada soberbia. Ruy fue despojado de su espada y de sus pertenencias, y ataron sus manos a unos grilletes. Era el precio que debía pagar por negarse a vender su honor a uno de esos nobles de cobardía probada, un avaro falsario con ansias de acometer el asalto al poder.

* * *

Una mano anónima estiró un cuenco con un potaje de gachas a través de los barrotes. Ruy lo devoró en unos instantes, con la única ayuda de los dedos, y apenas fue capaz de respirar mientras el espeso líquido se le derramaba por la barba. Tosió hasta recuperar el aliento. Desconocía los días y las noches que llevaba preso en el alcázar. Nadie había vuelto a hablar con él. Sólo escuchaba, en la lejanía, el repicar de las campanas cristianas de la ciudad.

* * *

¿Tan importante era la carta de Juan Mathe? ¿Había añadido algo que no le hubiera dicho? El camarero mayor del rey le había confiado parte de la información en caso de que perdiera la misiva; llevaba consigo las cuentas del reino y los costes de la campaña, que ascendían a más de doscientos mil maravedíes. No obstante, lo más importante era el plan que trazaba Juan Mathe para los próximos meses: resultaba primordial convencer a los grandes del reino para acometer el asalto a Algeciras. Con aquella conquista se obtendría el control absoluto del estrecho y el reino nazarí quedaría en bandeja de plata. Tras la victoriosa defensa de Tarifa, el sueño de una península gobernada sólo por reinos cristianos se había convertido en una posibilidad. Juan Mathe sabía que había una única oportunidad, y Ruy, avisado, fue al momento consciente de la importancia de su misión. Había que unir a los reinos cristianos en una sola causa. Ahora o nunca. Podrían pasar siglos hasta que llegara una nueva ocasión. Aunque Ruy, por su parte, desconfiaba de su optimismo. Para él, los reinos cristianos estaban muy lejos de ponerse de acuerdo en nada; sin ir más lejos, Jaime II de Aragón, el supuesto gran aliado de Sancho, velaba por sus propias campañas en el Mediterráneo. La alianza con Castilla no era más que una farsa, porque los espíritus de los nobles estaban corrompidos por el afán de riqueza personal.

Escuchó ruidos en el pasillo. Instantes después, el pasador de su celda, y se abrió la puerta. Ante él apareció una figura encapuchada que sostenía una antorcha. Aunque habían pasado tres días, Ruy lo reconoció. No había rostro que se le escapara, como buen centinela de frontera. Aquel muchacho era el doncel que había acompañado al infante Enrique durante su interrogatorio.

—¿Adónde me lleváis?

—Mi cometido es sacaros de aquí.

Ruy siguió al paje por pasillos y corredores vacíos en las entrañas del alcázar. La luz de la antorcha tan sólo daba color y forma a pocos pasos de distancia, y la oscuridad lo volvía todo más sofocante. Ruy sintió frío.

Al fin, entraron en una estancia amplia en la que había una letrina de piedra y una pila de agua alargada como un abrevadero. Ruy reconoció un bulto con sus pertenencias, su espada, loriga y cota de malla. Allí los esperaba un monje encapuchado, vestido con un hábito franciscano, al que no podían verle el rostro. El doncel intercambió unas palabras con él y luego se marchó. Ruy permaneció frente al monje, que sostenía en las manos un candil.

—Os llevaré en presencia de la reina María.

Ruy recordó la voz de la reina y sus ojos claros. La dama más noble y hermosa de Castilla.

—Necesito asearme.

El motivo era otro, en realidad.

—Daos prisa.

La figura estiró una mano y le señaló el lavatorio.

Ruy se desnudó por completo. El monje se dio la vuelta. Después de tantos días, agradeció que sus heridas y rozaduras tocaran el aire. En la espalda, atada con unos vendajes, portaba la carta que debía entregar al rey. Deshizo los pliegues con cuidado. Su piel exhibía una cicatriz enorme en la mitad del cuerpo, desde el rostro y cuello hasta su hombro, pecho y espalda. El monje apartó la vista, por la impresión. Ruy se acercó al agua de aquella pila centenaria. Cogió jabón de un plato y una escobilla, y se mojó el cuerpo con cuidado. Luego se enjabonó por completo. Aunque no lo pareciera a simple vista, sus heridas se habían solidificado, y su piel, antes lisa, mostraba incontables montes y cráteres, ligeras llanuras y colinas que le daban un aspecto escamoso. Se lavó el rostro y el cabello echándose agua con un cuenco de madera.

Cuando acabó, se vistió y se peinó los cabellos hacia atrás. Llevaba días sin ponerse la cota de malla y la toca, días de caminos y senderos, de noches a la intemperie. Llamó al monje para que lo ayudara. Le era imposible pasársela por la cabeza sin la asistencia de alguien. Las anillas eran dolorosas al contacto con la piel. El monje hizo lo que le pidió y, durante un instante, la llama de la vela reflejó unos ojos almendrados en el interior de la capucha. De repente, Ruy se dio cuenta de que aquel desconocido era una dama. Fingió no saberlo.

A Ruy le costaba pensar. Estaba hambriento y exhausto. Un ventanuco daba a los tejados del barrio colindante al alcázar y, desde allí, pudo contemplar un trozo de cielo. El tinte azulado le dijo que era de madrugada y que faltaban algunas horas para el alba. Lo animó la esperanza de estar lejos de Toledo al mediodía. Volvió a pensar en el doncel que había acompañado al infante Enrique e intuyó que estaba comprado por alguna otra facción de la corte, incluso por el propio rey. «Viven con el enemigo bajo el mismo techo. Dios me libre de estas intrigas majaderas». Antes de salir, el monje le entregó un hábito.

—Para cubrir el hierro —dijo con simpleza.

Ruy quería huir, alejarse al galope de la corte como la primera vez, escapar de esos juegos maniqueos de gente deshonesto. Su servicio a la corona había acabado con la defensa de Tarifa, y esperaba que la entrega de la carta de Juan Mathe fuera su última acción a los reyes de Castilla. Después al fin llegaría la deseada libertad.

Aquellos pensamientos desaparecieron al elevar los ojos tras hincar la rodilla frente a la reina. Cuánto había cambiado. La última vez que la había visto había sido mucho tiempo atrás. Y ahora la tenía delante de nuevo, sin más compañía que la del monje y la de su hermano Alfonso, otro hombre al que recordaba bien. Ruy cometió la osadía de mirarla a los ojos una vez, como si tentara a la suerte. Era imposible que lo reconociera.

La reina María era una dama como ninguna otra. Podía verse en su actitud, en su mirada. No temía curiosear y explorar con sus ojos, enfrentarse a lo que tenía delante. Fue al incorporarse cuando Ruy descubrió la identidad del monje, que al echarse la capucha hacia atrás reveló el rostro de su dama de compañía: doña Constanza Salvatierra. Aunque se lo imaginaba, el efecto fue el mismo. La visión de ambas, orgullosas como dos rosas en invierno, arrastró a Ruy hacia el recuerdo de un tiempo perdido.

—Castro —pronunció la reina tras leer la carta de Juan Mathe—, dice el camarero mayor que sois un hombre al que él mismo confiaría su propia vida e incluso la del rey. ¿Qué decís a eso?

¿Tendría el valor de decirle la verdad? «Caballerizo...». Tanto tiempo había transcurrido que era absurdo pensar en ello. «Cumpló con mi deber para regresar a mi tierra con prontitud, alteza real. Hace mucho aprendí que la corte cambia a la gente a peor». Ruy estaba lejos de considerarse un caballero ejemplar.

—Sólo soy un mensajero que lamenta profundamente la muerte de su rey, un castellano que cumple con fidelidad lo que le ordena su señor natural.

La reina intercambió una mirada con su dama que pareció significar muchas cosas, aunque todas estuvieran fuera del alcance del jinete. El complejo lenguaje de las damas se escapaba por completo a su entendimiento.

—Dice Juan Mathe que vuestro hogar se halla al norte de Tierra de Campos, caballero. Es mi hogar, el sitio donde nací, donde el viento silba a través de las llanuras vastas y susurra el nombre de mis antepasados.

«Montealegre». La voz de la reina era cálida como un verano castellano y encubría tintes de sabiduría, como el de aquellos trovadores de antaño que perpetuaban el saber a través de los cantares. «Gran reina castellana, Sancho el Bravo nunca estuvo a vuestra altura».

El jinete y ella intercambiaron frases de cortesía. Le sorprendió que doña María posara la mirada en sus ojos y no en sus marcas. Le daba a entender que era una mujer inteligente, entregada a la importancia del momento, y que el aspecto de un hombre no era suficiente para distraerla.

—El rey ha muerto.

El tono de la reina fue neutro, como si hubiera dicho que ese día hacía sol o que iba a llover. Ruy recibió sus palabras como la noticia de una declaración de guerra.

—Dios lo tenga en su gloria.

—Os necesito, caballero.

—¿Qué puede hacer este humilde servidor por la reina de Castilla? —Ruy se arrepintió de su ofrecimiento en el mismo instante, pero en su mundo no existía una negativa a una reina ni el abandono sin ser tachado de traidor. Aliado o enemigo. Blanco o negro. Tiempos oscuros. Cuánto había cambiado el mundo en los últimos años. Doña María representaba al reino, a las ciudades, a los estandartes, al nombre de Castilla. La reina María era Castilla.

La reina desvió la mirada hacia su hermano.

—Que la guerra por el poder no sea abierta depende de que el heredero al trono se mantenga con vida. Muchos lucharán por la tutoría de mi hijo Fernando para moldearlo según sus intereses, pero la custodia debe ser mía. Es la única forma que tengo para proteger a mi hijo y, en definitiva, al reino.

Ruy se sorprendió de que la reina compartía esas confesiones con él.

—¿No basta con que la reina ordene qué es lo que se debe hacer? Por disposición de su alteza, la reina manda ser la custodia de su hijo...

—Os olvidáis de una cosa importante, caballero: soy una mujer.

Ruy bajó la mirada, incómodo.

—No cualquier dama, alteza. Sois la reina de Castilla.

—¿Creéis que eso significa algo? No hay nada que yo pueda hacer sin que requiera de la aprobación de las Cortes.

—¡Convocadlas, pues!

La voz de Ruy se elevó por encima de lo debido. La reina, pese a todo, no varió su expresión durante el lapso en el

que volvió a regir el silencio y el caballero calmó sus impulsos. María volvió a mirarlo a los ojos, sin vacilar.

—Castilla es una idea en el aire, una ilusión con la que el reino sueña y que sólo tiene sentido cuando quien la evoca es un hombre. Yo soy viuda y regente de ese frágil anhelo. Pero es mi cometido, y me someto a mi destino y a mi condición sin remilgos. Sé muy bien que nadie aceptará mi coronación. La nobleza ve en mí un puente que los hará cruzar de una ribera a otra, nada más. Así que debo luchar por el futuro de mis hijos, para que sean ellos los que atraviesen al otro lado en primer lugar.

¿Cómo podía la reina hablar de esa manera frente a un hombre que se había jugado la vida en la frontera por su reino? ¿Es que acaso todo eso era una mentira? La conversación había llegado a un punto muerto. La situación del reino era grave, la postura de la nobleza estaba clara, iban camino a una guerra que se llevaría por delante a numerosos caballeros, incluso ciudades. Tiempos difíciles aguardaban a Castilla. Ruy volvió a preguntar qué podía querer la reina de un jinete como él, sin saber que su respuesta cambiaría el curso de su vida para siempre. Uno propone, Dios dispone. Y Dios había dispuesto para Ruy la mayor de las pruebas.

—Pido más de lo que podría pagar una reina, pues fío mi destino al parecer de un fiel servidor, que ha puesto su probada honra como fianza por vos. Os pido que escoltéis al infante de incógnito al norte, al monasterio de Villar de Due-ro. Debéis custodiar al heredero hasta dejarlo junto al padre Leyva, abad de los franciscanos, sin que nadie sepa de su paradero. Viajaréis por caminos escogidos por vos, pues en vos confío la vida de mi hijo y, en consecuencia, los destinos de nuestro reino. Buen almogávar de frontera, esta vez no os pido que busquéis, sino que os perdáis. Nadie debe saber quién es él. Sed una aguja en un pajar.

Ruy sintió que apenas era capaz de sostener el peso de la cota de malla ante la insólita petición. Caprichoso destino, le daba la oportunidad de cumplir un juramento de la niñez. ¿Puede una orden, basada en la entera lealtad a una causa, convertirse a la vez en una condena de vida? ¿Debió negarse y huir de Toledo en ese momento? Su nombre habría sido igualmente olvidado, pero el destino de Castilla habría sido otro. Sin embargo, lo que desconocía doña María era que aquel almogávar estaba dispuesto a hacer lo que fuera por ella. Incluso aunque ella lo hubiera olvidado.